

Amor platónico versus

La tía buena de la última fila está intentando copiar del que se sienta delante, un *gentleman* de instituto. Él baja el hombro aguardando en secreto que ese favor le reporte otros. Mientras, la gorda que se sienta a su derecha no le quita ojo de la entrepierna y él juraría que se está relamiendo como una piraña ante un solomillo.

El *gentleman*, empalmado, oye a la de atrás respirando aceleradamente en su cogote, porque solo quedan cinco minutos para entregar el examen y se sabe que las tías buenas hiperventilan cuando copian. En cuanto suena el timbre, él se levanta y corre hacia el baño a hacerse una buena paja. En veinte segundos vacía sus testículos imaginando que descarga en la cara de la tía buena, imaginándose que le azota la cara con su verga de caballero. Al salir, no espera encontrarse a la gorda que no le quita ojo desde principios de curso o incluso desde primaria. Se ha pintado una raya negra bajo el ojo y lleva una falda de tul, como de bailarina de los ochenta pero en una talla cincuenta y dos. El escote es excesivo, incluso para una chica de quince años. Quiere rodearla para salir pero la chica se planta delante de la puerta, como un armario empotrado. Lo empuja dentro del baño y cierra la puerta de una coz. Él juraría que se está mordiendo el labio como una guarrilla de discoteca.

Sin poder reaccionar, ve a la gorda bajándole la bragueta, y cogerle la polla, pequeña y arrugada, dolorida casi, con la boca abierta. En ese momento tiene ganas de suicidarse. Toda una vida soñando con una mamada y para una vez que le va a tocar el premio gordo no se le levanta. Aunque no sabe si es porque acaba de correrse como un campeón o porque la gorda carece totalmente de *sex appeal*. En todo caso, se alegra de no estar a la altura de las expectativas e intenta zafarse. Algunas mujeres no entienden un no por respuesta, así que de otro empujón ella lo sienta sobre el retrete, se remanga la falda y se sienta sobre sus piernas, frotándose contra su muslo con una violencia inexplicable. Él está inmóvil, paralizado por la situación. Solo desea que acabe pronto, le está doliendo la pierna. La gorda empieza a jadear como una locomotora en marcha y acelera progresivamente. Le coge las manos y se las pone sobre las tetas. Sin soltárselas, comienza a restregárselas en círculos concéntricos. Luego le mete a él los dedos en la boca. Entra y sale de su boca como si se lo estuviese follando por ahí también y enseguida le acerca de nuevo las tetas. La gorda intenta que sus dos pezones sean lamidos a un tiempo y empuja tanto y tan fuerte que a él le dan arcadas y acaba tosiendo con la cara de medio lado. Finalmente, parece que ella termina, prolonga los últimos roces, arrastrándose sobre sus muslos cual babosa sobre hoja de higuera. Pero lejos de liberarlo, la gorda vuelve al movimiento y rápidamente se embala de nuevo. Él no entiende nada, solo siente

que su cara es azotada de pronto por las tetas enormes y casi no puede respirar. La pierna le empieza a flojear tanto que está al borde del desmayo pero ella sigue frotándose contra él y rebuznando como si hubiese encontrado alfalfa de la buena.

Ella se corre de nuevo o quizás ya se haya corrido tres o cuatro veces más, cuando de pronto se levanta, lo coge por las solapas y como si fuera un trapo o un muñeco hinchable, lo sienta en el suelo y se quita las bragas. No se lo puede creer, ¡quiere que le coma el coño! Empieza a decir que no con la cabeza pero desaparece bajo el tul de su falda y no hay escapatoria. Ella con buena puntería aterriza su clítoris, hinchado como una pelota de tenis, contra la boca de él. Se frota contra sus labios para animarle pero él se resiste y los mantiene sellados. Ella, inaccesible al desaliento, le agarra la cabeza con las dos manos y comienza a embestirle. La nariz del *gentleman* se convierte así en micropene improvisado. Al abrir la boca para respirar, la lengua se le enreda en una maraña de vello y pis rancio, y le entran arcadas de nuevo. Siente que es posible que muera de apnea, esa misma mañana, en el váter del instituto. Pero antes de que pase al fundido negro, la tía se ha corrido otras dos o tres veces más y al fin se retira, tranquila como una ballena varada. Se sube la braga sonriendo y cogiéndole de la barbilla le dice:

—Hasta mañana, *amor*.

Cierra la puerta tras ella, con un gesto que se quiere sexy y desenvuelto.

Él se levanta aturdido, desorientado. Mañana no. Ni nunca. No quiere volver a ser follado en el váter de los tíos, mientras todos los demás están en clase de física. Intenta reponer fuerzas porque cuando salga, correrá hasta dejarse el tuétano sobre la acera. Entrará en casa como un relámpago y se meterá en la ducha. Su madre se extrañará y le preguntará a través de la puerta si está bien, por qué llega tan tarde, si ha bebido o qué. Y él se enjabonará durante horas, se quedará a remojo en el agua caliente hasta que todo desaparezca, incluso sus lágrimas.